



Mes de Noviembre

EN SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO PARA ANUNCIAR AL REINO DE DIOS

Del libro del Deuteronomio (5,22-32)

Estas son las palabras que proclamó el Señor con voz potente a toda vuestra asamblea, en la montaña, desde el fuego, la nube y la niebla. Y, sin añadir más, las escribió en dos tablas de piedra y me las entregó.

Cuando oísteis la voz que salía de la tiniebla, mientras ardía la montaña, os acercasteis a mí todos vuestros jefes de tribu y vuestros ancianos, y me dijisteis: “El Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz que salía del fuego. Hoy hemos visto que puede Dios hablar al hombre y seguir este con vida. Mas ahora ¿por qué hemos de morir?, pues este gran fuego podría devorarnos. Si seguimos oyendo la voz del Señor, nuestro Dios, moriremos. Porque ¿quién es el mortal que ha oído la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y ha sobrevivido? Acércate tú y escucha todo lo que diga el Señor, nuestro Dios, y luego nos dirás todo lo que el Señor, nuestro Dios, te ha comunicado y nosotros lo escucharemos y lo cumpliremos”. El Señor oyó vuestro vocerío, mientras me hablabais, y me dijo: “He oído el vocerío de este pueblo, lo que te han dicho. Está bien todo lo que te han dicho. Ojalá conservaran ese mismo corazón, temiéndome y observando cada día todos mis mandamientos, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos por siempre. Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo y te comunicaré todos los preceptos, los mandatos y decretos que has de enseñarles y ellos han de cumplir en la tierra que les voy a dar para que la tomen en posesión”.

Debéis observar y cumplir lo que os mandó el Señor, vuestro Dios; no os apartéis a derecha ni a izquierda. Seguid siempre el camino que os mandó el Señor, vuestro Dios, para que viváis, os vaya bien y se prolonguen vuestros días en la tierra de la que vais a tomar posesión.

De una carta de Padre Pío al padre Benedetto da San Marco in Lamis (*Epist. I*)

Pietrelcina, 29 de noviembre de 1910

Mi queridísimo padre,

desde hace varios días me siento peor de salud. Lo que me atormenta de un modo especial es la tos y los dolores del tórax. La tos es tan fuerte e insistente, más durante la noche, que poco me falta para que se me rompa el pecho; y con frecuencia por temor, me voy repitiendo el acto de dolor.

Finalmente las guerras espirituales no cesan, es más, se hacen cada vez más ásperas, padre mío, el enemigo de nuestra salud está tan enojado, que casi no me deja ni un momento en paz, haciéndome la guerra de varios modos. Deseo de parte de Jesús, la gracia de estar libre de éste por el temor que tengo de ofenderlo, y deseo que queriéndome mortificar, me mortifique con dolores corporales, que los aceptaría de buen grado.

¡Paciencia!... Sufro, es verdad, pero en ello me regocijo mucho, habiéndome vos mismo asegurado que esto no es abandono de Dios, sino más bien exquisiteces de su finísimo amor. Espero que el Señor quiera aceptar mis sufrimientos en satisfacción por los innumerables disgustos que le he causado. En fin, ¿qué cosa es lo que sufro comparado con lo que merezco por mis pecados?



Pero sea como fuere, a mí me basta saber que todo esto lo quiere Dios e igualmente soy feliz. Y ahora, padre mío, voy a pedirlos un permiso. Desde hace mucho tiempo siento en mí una necesidad, es la de ofrecerme al Señor como víctima por los pobres pecadores y por las almas del purgatorio.

Este deseo fue creciendo cada vez más en mi corazón, tanto, que ahora se ha vuelto, por decirlo así, una fuerte pasión. Es verdad que hice muchas veces esta oferta al Señor, rogándole insistentemente derramar sobre mí los castigos que están preparados para los pecadores y las ánimas purgantes, aun centuplicándolos en mí, a fin de que los pecadores se conviertan y se salven y admita rápidamente en el paraíso a las almas del purgatorio, pero quisiera ahora hacerle esta oferta al Señor con vuestro permiso. Me parece que lo quiere el propio Jesús. Estoy seguro que vos no encontraréis dificultad en otorgarme este permiso.

Benedicidme, oh padre, y orad también por mí.

Vuestro Fray Pío

CATEQUESIS

Una pregunta: ¿qué quiere decir ser misionero en esta sociedad que parece no querer pertenecer a Dios?

Anunciar el Evangelio e invitar a la conversión son expresiones que retomamos a menudo y todos estamos convencidos de su importancia. Desafortunadamente constatamos cotidianamente como la tarea no es fácil y al alcance de todos. Porque nos encontramos frente a una sociedad secularizada, que tiene ideales y principios éticos no en sintonía con los valores evangélicos. A todo esto, debemos agregar que muy a menudo está presente en el corazón de las personas un deseo de Dios, pero la idea de una religión organizada y estructurada como el cristianismo, con su historia rica de méritos, pero también marcada de tanta humanidad aparece más como un obstáculo en lugar de una ayuda a la fe.

Intercesores como Moisés

Buscaremos responder a estas interrogativas a partir de una de las figuras más conocidas del Antiguo Testamento y de toda la Biblia: Moisés. Como sabemos, tenemos dos libros de la escritura que se interesan particularmente de su figura, el libro del Éxodo en el cual Moisés es el gran líder y el Deuteronomio, donde, a través de cinco grandes discursos, es presentado como el profeta, el que se convierte en defensor de la Alianza con Dios.

Si en el Éxodo Moisés es de algún modo “la lengua” de Dios, en el Deuteronomio se vuelve tras el Señor con el cual tiene una relación privilegiada, y aquel pueblo el cual recibe y propio mandato: “Acércate tú y escucha todo lo que diga el Señor, nuestro Dios, y luego nos dirás todo lo que el Señor, nuestro Dios, te ha comunicado y nosotros lo escucharemos y lo cumpliremos”. (DT 5,27).

El Señor acepta esta petición y llama a Moisés cerca de él. “Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo y te comunicaré todos los preceptos, los mandatos y decretos que has de enseñarles y ellos han de cumplir en la tierra que les voy a dar para que la tomen en posesión”. (Dt 5,30). Al inicio el Señor había dicho a Moisés “ve al pueblo” ahora le pide “quédate aquí “toda su persona , su cuerpo, su cuerpo, su historia se convierten en el punto de encuentro de la Alianza estipulada en (sol) el Sinaí. Ahora estamos involucrados totalmente, hecho de amor, abandono, sufrimiento e incomprensión. Moisés pertenece enteramente a Dios y al pueblo. La fidelidad de Dios y la inconstancia de sus



compañeros de viaje en el desierto hará eco todos los días en su corazón, del mismo modo de cómo, hoy, quien cree, siente la responsabilidad de una misión que se hace testimonio de un Padre no amado, de hecho negado.” El amor no es amado, repetía a menudo San Francisco. Muchos autores espirituales leen en las expresiones de Jesús sobre la cruz “Sed”, “tengo sed” “una metáfora del gran deseo que El tiene de la salvación de cada uno de nosotros; el misionero comprende completamente que esta espera (deseo) de Dios, solo uniéndose a El en la fidelidad y en el propio abandono de Cristo en la cruz.

El serafín con las brasas (el carbón) encendido

Es necesario verdaderamente un buen examen de conciencia para comprender como los cambios de la época moderna habían involucrado también a nosotros, que pensamos ser los buenos, aquellos que debemos convertir a los otros. Probablemente el descubrimiento de nuestra debilidad nos podría hacer repetir la palabra de Isaías: “ay de mí, estoy perdido. Porque soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de habla impura” Pero uno de los serafines, continua el relato, voló hacia el profeta con un carbón ardiente, removido con resortes del bracero que estaba delante del altar del Señor y dice: “Aquí, esto te ha tocado el labio, tu iniquidad está eliminada y tu pecado fue expiado”(Cfr Is 6, 5-7)

En el Antiguo Testamento, Moisés es el modelo del profeta, que nace en el vientre de la gente al pueblo de Dios, convive la historia, siente el peso de sus contradicciones, pero sufre por obra de Dios una transformación. Se queda en el pueblo, pero la fuerza del Espíritu lo transforma porque debe testimoniar algo importante, la eficacia de una palabra que viene de Dios, su capacidad de transformar el destino que los que le son fieles y fieles.

Aunque sucede que, al término de su gran misión, de lo alto del monte Nebo, de este lado del Jordán, Moisés mira de lejos la tierra prometida, pero no podrá entrar: “Esta es la tierra que prometí con juramento a Abrahán, a Isaac y a Jacob, diciéndoles: “Se la daré a tu descendencia”. Te la he hecho ver con tus propios ojos, pero no entrarás en ella”. (Dt 34,5)

“Oh natura, o natura. ¿Por qué no devuelves lo que prometes? El lamento de Giacomo Leopardi en la famosísima poesía *A Silvia*, se repite (cada vez) cuando un padre o una madre se preguntan donde se han equivocado frente al hijo qué ha hecho una cattivita resucita, o cuando al término de tanto trabajo pastoral un sacerdote se siente solo, a veces incomprendido de sus parroquianos, La verdadera transformación de Dios lleva, a menudo a tener que desprenderse de las cosas más bellas y más importantes. Es la historia del grano de trigo que debe morir para dar fruto.

Ha llevado el pecado de muchos, intercede por los pecadores

¿Por qué Moisés no pudo entrar en el país que Dios había preparado para su pueblo? El Libro de los Números se refiere al episodio de Massa y Meriba, cuando el Señor le ordenó golpear la roca con la vara de Aarón para hacer brotar agua y saciar la sed del pueblo: «...Porque os rebelasteis en el desierto de Sin, cuando protestó la comunidad y yo os mandé manifestar delante de ella mi santidad por el agua» (Nm 27,14). No se dice qué sucedió exactamente, y algunas explicaciones (Moisés habría golpeado la roca dos veces y otras similares) no parecen totalmente convincentes; en realidad no tenemos una respuesta precisa a este interrogatorio, si prescindimos del vínculo profundo que Moisés tenía con su pueblo.

Una explicación más puntual a este “castigo” de Moisés podría partir de la oración que hace a favor de su pueblo: «Pero ahora, o perdonas su pecado o me borras del libro que has escrito»



(Es 32,32). La tradición rabínica, como nos informa Enzo Bianchi, vincula esta elección con Is 53,10-12: « El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores». Según esta interpretación, a Moisés no se le permite entrar en la tierra prometida porque eligió ser solidario plenamente con su pueblo, «fue contado entre los pecadores», «lleva el pecado de muchos», « intercede por los pecadores».

Como sabemos bien, las palabras de Isaías son leídas el Viernes Santo para celebrar el sacrificio de expiación hecho por Jesús en la cruz: él es el Cordero sacrificado por la redención de todos nosotros. De este modo Moisés se convierte en figura del sacrificio de Cristo, pero también se convierte en el progenitor de una generación que con el don de sí mismo participa en la pasión de Jesús.

La ofrenda debe leerse en este sentido: el ofrecimiento de víctima que el Padre Pio hace de sí mismo varias veces en su *Epistolario*. Encontramos trazos de ella por primera vez pocos meses después de su ordenación, en noviembre de 1910: «Y ahora, padre mío, voy a pedir un permiso. Desde hace mucho tiempo siento en mí una necesidad, es la de ofrecerme al Señor como víctima por los pobres pecadores y por las almas del purgatorio. Este deseo fue creciendo cada vez más en mi corazón, tanto, que ahora se ha vuelto, por decirlo así, una fuerte pasión. Es verdad que hice muchas veces esta oferta al Señor, rogándole insistentemente derramar sobre mí los castigos que están preparados para los pecadores y las ánimas purgantes, aun centuplicándolos en mí, a fin de que los pecadores se conviertan y se salven y admita rápidamente en el paraíso a las almas del purgatorio, pero quisiera ahora hacerle esta oferta al Señor con vuestro permiso. Me parece que lo quiere el propio Jesús. Estoy seguro que vos no encontraréis dificultad en otorgarme este permiso». (*Epsit. I*, p. 206)

Misioneros en una sociedad que parece no quiere pertenecer a Dios

Podemos decir que hemos recogido los elementos que nos ayudan a responder al interrogatorio inicial: «¿Qué cosa quiere decir ser misionero en esta sociedad que parece no quiere pertenecer a Dios?» Sería muy simple decir que es necesario ofrecerse como víctima, como Jesús, siguiendo el ejemplo del Padre Pio. En efecto, propiamente en esta sociedad nuestra, que siente el peso de una religión moralista, que según algunos, quiere imponer sus principios éticos, se hace realmente difícil hablar de un Dios que tiene necesidad de la muerte de su Hijo para redimir nuestros pecados.

Regresemos, por una única vez a Moisés: cómo entonces leer el castigo de Dios? Está claro que el autor sagrado, para ayudarnos a comprender la gravedad de nuestra culpa, nos presenta al Señor con nuestros sentimientos: enojado, ansioso de venganza, listo para castigar al pueblo por su pecado. En realidad, es un poquito difícil que en Dios habiten estos sentimientos; es bueno, entonces, centrar nuestra atención en lo que se llama el castigo del pueblo: «en este desierto caerán vuestros cadáveres, los de todos los que fuisteis censados, de veinte años para arriba, los que habéis murmurado contra mí. No entraréis en la tierra en la que juré estableceros. Solo exceptúo a Josué hijo de Nun y a Caleb hijo de Jefuné.» (*Num. 14*, 29).

A partir de ahora el pueblo tendrá que vivir de fe, buscando en el silencio y en las dificultades del desierto, aquel Dios que los amó y al que no respondió con el mismo amor. Hemos visto



que Moisés se une a ese pueblo, Dios no solo lo reviste de misión, sino que lo convierte en un punto de encuentro entre su santidad y la debilidad de su pueblo; esa relación de amor correspondido con la infidelidad, tiene sus repercusiones en la vida de Moisés. Así, el patriarca se compromete a estar con su pueblo: es solidario en su búsqueda, sabe que solo puede ver la tierra prometida desde lejos, pero él también tendrá que confiar hasta el final en que Dios cumplirá esa promesa; pero no lo verá.

La muerte de Jesús debe leerse así: la obediencia de Jesús a un proyecto de solidaridad con los hombres, en el que Él decide libremente aceptar el sufrimiento, la ambigüedad, la injusticia de un falso juicio y incluso la muerte. En el silencio de la Cruz, como Moisés, Jesús vive la soledad y el abandono: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?». En solidaridad con el hombre pecador, vive la consecuencia peor del pecado: no el castigo de Dios, sino la separación de Él. «Por no conocer el pecado, se ha hecho pecado ...».

En el discurso de Pentecostés, san Pedro atribuye a Jesús las palabras del Salmo 107: «No dejarás que tu santo vea corrupción». Es el gran acto de confianza de Jesús hacia el Padre; también Él ha recibido una misión; también Él ha elegido la obediencia y se ha encarnado para ser solidario con el pueblo como Moisés, pero mucho más que él. También él parece detenerse en la cruz, como Moisés en el monte, no ve la realización del reino de Dios. Había abierto su predicación anunciando este reino. María de algún modo lo había forzado: «Aún no ha llegado mi hora». «Haz lo que te diga». Pero en la cruz todo parece terminar.

La resurrección, en cambio, solo descarta el fin de la muerte, es decir estado de separación y de debilidad del hombre en relación con Dios: Jesús celebra la nueva alianza e instaura definitivamente su reino. El valor de este nuevo reino lo comprendemos a la luz de la historia de Israel: el pueblo judío llega a la tierra prometida, un lugar que - aunque agradable y floreciente - pertenece a esta tierra. El reino de Jesús no es de este mundo (cfr. Juan): la Jerusalén celestial. El libro del Apocalipsis nos presenta a la Iglesia, como el lugar donde se anticipa el reino de Dios a la espera de su plena realización en la eternidad.

Se luz es el Cordero, es decir, Jesús que murió y resucitó, María es su imagen más verdadera. Es la Virgen quien nos ayuda a comprender la nueva dimensión del creyente que, con el Bautismo, entró en la tierra prometida.

Si bien la Iglesia es rica en valores éticos y tiene la misión de llevarlos a esta sociedad, su primer anuncio se convierte en este: Jesús ha muerto y resucitado para instaurar su reino.

Hombres y mujeres misionero

Podemos leer el episodio del becerro de oro y el pecado del pueblo en el desierto, en analogía con los muchos pecados que caracterizan la vida del hombre de todos los tiempos: no veo los resultados, busco mis resultados solo; no me gusta esperar, tomo todo rápido. De este modo el pueblo – luego de haber pedido a Moisés que lo representara delante de Dios – rechaza el camino de fe, de investigación y de silencio que el patriarca ha iniciado en la montaña. Simplemente no se puede reducir el pecado a una simple falta de fe, hay componentes humanos, emocionales, hay circunstancias engañosas, todo puede llevar a nublar la vista, como lo hace Aarón, que confía más en personas que están cerca de él, en lugar de Moisés que está lejos, en la montaña. El compromiso misionero de los cristianos tampoco puede reducirse a la condena de los pecados individuales.

Es necesario anunciar nuevamente el reino de Dios: ser portadores de esperanza en esta sociedad que quiere prescindir de Dios, no quiere decir alzar la voz para condenarla, sino hacerla consciente de que tiene necesidad y de la venida de su reino: «Hermanos y Hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad! ¡Ayudad al Papa y a todos los



que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera! ¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo Él lo conoce!». (*Juan Pablo II*)

ORACIÓN EN SAN PIO DE MONS. ANGELO COMASTRI

Padre Pio, viviste en el siglo del orgullo y fuiste humilde. Padre Pio que pasaste entre nosotros en la era de las riquezas que soñaste, jugaste y adoraste, y seguiste siendo pobre. Padre Pio, nadie escuchó la voz a tu lado: y hablaste con Dios; cerca de ti nadie vio la luz: y viste a Dios. Padre Pio, mientras jadeábamos, te quedaste de rodillas y viste el Amor de Dios clavado en un bosque, herido en las manos, pies y corazón: ¡para siempre! Padre Pio, ayúdanos a llorar ante la cruz, ayúdanos a creer ante el Amor, ayúdanos a sentir la Misa como un grito de Dios, ayúdanos a buscar el perdón como un abrazo de paz, ayúdanos a ser cristianos con las heridas que derraman sangre de la caridad fiel y silencioso: como las heridas de Dios! Amén.